

**Fernando R. Mansilla**

# **Todos los chicos**



Mirada narrativa



---

1ª edición, Editorial La Mirada Malva, 2021  
Colección Mirada Narrativa n. 26

© Fernando R. Mansilla, 2021

© La Mirada Malva, 2021

Imagen y diseño de portada © Alexander Prieto

Diseño de portada © La Mirada Malva

Reservados los derechos de esta edición para

Editorial La Mirada Malva

c/ Los Rosales nº 7 | 18650 Dúrcal

Granada | España

[+34] 645 376 642

[www.miradamalva.com](http://www.miradamalva.com)

[miradamalva.blogspot.com.es/](http://miradamalva.blogspot.com.es/)

ISBN: 978-84-120205-6-4

D.L.: M-3562-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta  
obra sólo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos  
Reprográficos [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita  
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**Editado en España**

**Printed in Spain**

---

## ÍNDICE

### PRIMERA PARTE

MANSI I/ La caza del viento	11
REYNA I/ Madison	23
EL TENISTA I/ Una mirada bastó	37
VIDES I/ Será lo que tenga que ser	49

### SEGUNDA PARTE

MANSI II/ ¿Alguien se acordará de eso?	65
REYNA II/ Recuerda, cuerpo	77
EL TENISTA II/ Regálame una noche	91
VIDES II/ The Name of the Game	105

### TERCERA PARTE

MANSI III/ Qué hermosa era	121
REYNA III/ Carta a Elena	133
EL TENISTA III/ El infierno tan temido	147
VIDES III/ Peregrinaje	161

### CUARTA PARTE

MANSI IV/ Necesito un gol	179
REYNA IV/ Under the Milky Way	191
EL TENISTA IV/ Fantine	203
VIDES IV/ La quermés	217

---

---

## QUINTA PARTE

MANSI V/ El conde de Montecristo	231
REYNA V/ Ser feliz	245
EL TENISTA V/ .... Así sucedió	257
VIDES V/ Regreso	269

---

## PRIMERA PARTE

---

## **MANSI I/ La caza del viento**

*Mi imaginación es mi memoria.*

Jules Renard

He vivido en Lima, Madrid, Bilbao, Barcelona, Nueva York, San Francisco y Montevideo, además de haber tenido estancias breves en otras tantas ciudades entre América y Europa, y en todas he hecho lo mismo, siempre, como un ritual: ir a una librería, hojear libros, a la caza de alguno realmente especial, adquirirlo, leerlo e integrarlo a mi biblioteca trashumante. Sin el rigor de un Fernando Colón, quien apuntaba la ciudad y el precio por el que había adquirido sus ejemplares, me aferro a la memoria y puedo decir, sin cerrar los ojos ni mirar al techo, dónde compré cada libro. El precio no, porque es de pésimo gusto hablar de dinero.

Pero tener buena memoria, como para recordar dónde compraste tus libros o las principales anécdotas de tus antiguos amores o dónde, cómo, cuándo y quién te vejó o deshonró, no te hace necesariamente buen escritor.

Porque tengo treinta y cinco años y las librerías de todas partes no hacen más que producirme sentimientos mixtos: tantos libros que leer, tanto estímulo para escribir... ¿cuándo veré un libro mío en un estante? Llevo casi veinte años buscándome en esos anaqueles, buscando mi yo autor definitivo y así me va. Desde la antigua librería Época, en la avenida Pardo, en Lima, hasta la modernas Troa de Getxo y

Pamplona, pasando por la cuesta de Moyano en Madrid, la avenida Columbus en San Francisco o la feria de Tristán Narvaja en Monte. He vivido en muchas ciudades -quizás demasiadas-, ganándome la vida como redactor *free lance* de todo tipo de publicación (desde el publrreportaje que nadie quiere firmar, hasta la semblanza del casco viejo de una ciudad europea, digamos Münster, para publicarse en una revista de aerolínea) y, pese a mí, en contra de mí, no soy un escritor. No he escrito obra alguna, salvo esbozos, fragmentos sin hilar, poemas que parecen canciones sin música, las frases sueltas que sueño como magníficos arranques, que quieren ser *boutades* y no alcanzan. *No serás nada. Lloras, gritas, agárrate la cabeza con las dos manos, esperas, desesperas, reanuda la tarea, empuja la roca. No serás nada.*

Quizás toda esta frustración tiene su origen en mi adolescencia, en los fantasmas que rodean mi memoria de colegial reprimido, tímido y angustiado por mi lugar ínfimo en el mundo. Dicen que solo se puede escribir de lo que se conoce y se puede contar. Parece obvio, pero ahora creo que lo entiendo. Me he pasado dos décadas viviendo otras vidas, soñando primero y recreando después vidas que apenas se parecían a la mía, a la que estuve viviendo mientras representaba ser otro. Como resultado, no tengo nada realmente en el botín de mis años que posea valor para ser contado, salvo las imitaciones sin gracia de los otros que quise ser y no fui porque todo era una impostura.

De forma que renuncio a inventar, a crear, a ficcionalizar, a fantasear. Solo voy a escribir lo que viví, lo que sé, lo que sentí y puedo contar con suficiencia, sin torpezas o florituras que no añaden nada. Ya intenté, en vano, escribir páginas que había soñado y redactado mentalmente mientras caminaba en



cualquier avenida grande de alguna de esas ciudades en las que he vivido, y lo que he sacado en limpio ha sido roña, una cáscara que no insinuaba siquiera el filo de mis palabras cuando las imaginé. Todo es un sinvivir, una búsqueda inútil, como la caza del viento. Ya lo dice el Eclesiastés. *La sabiduría y el saber son locura y necedad. Y comprendí que también eso es querer atrapar el viento.*

Así que este es el cuaderno de mi cacería absurda, de peregrino de treinta y cinco años, la mitad del camino de mi vida. Nunca pensé llegar a este momento. Cuando era adolescente, no tenía cabeza para proyectarme más allá de los veinte. Solo pensaba en alcanzar esa edad, veinte años, y me torturaba: tienes quince años, te quedan cinco años, como una condena en una cárcel de cambios físicos, inseguridades, deseos reprimidos e ignorancia; cinco años, sesenta meses, doscientas sesenta semanas. Estoy seguro de que tenía compañeros que deseaban que ese tiempo, la adolescencia o el tránsito colegial, da lo mismo, nunca acabara. Yo nunca pude entenderles. ¿A qué seguir en esa miseria en cooperativa? Hablo del tiempo interminable en esa sala de espantos y embrutecimiento que era, la mayor parte del tiempo, el aula de clases, sin olvidar su prolongación de rituales machistas y desgaste físico, el patio. No es por azar que mis lecturas más obsesivas de esa época fueran novelas de aventura donde la experiencia del encierro era nuclear. Si alguien me preguntaba por el libro que tenía entre manos -*Papillon, El conde de Montecristo, Raíces*- soltaba la lengua y no paraba hasta recitar párrafos o resumir las aventuras más intensas. Un compañero, Reyna, solía preguntarme; yo desataba un torrente verbal y al rato me cortaba para preguntarme otra cosa o para contarme algo que le gustaba a él, como la vida de los artistas que

veíamos por la televisión o escuchábamos en la radio. Él seguía todos los programas a la caza de esa información. Él era de los que extrañaba ese programa musical de la tele, *Enhorabuena*, con Jorge Henderson. Otro, Vides, me preguntaba de forma indirecta, como quien no quería saber realmente: *¿qué haces? ¿otra vez leyendo esa cojudeza?* Y yo entendía que él lo hacía así por pudor y con esa seguridad le contaba sobre los deseos de fuga de Kunta Kinte, de Papillon con los indios de la Guajira o cómo Edmundo Dantés descubrió, gracias a sus charlas con el Abate Fariá, aquella traición que lo hizo acabar en el castillo de If. Comparadas con esas vidas, las nuestras eran menos peligrosas, pero más tristes, cansinas y faltas de heroísmo, salvo el que hacía que te arrojaras para sacar el balón de tu arco justo en la línea de gol (como vi hacer una vez al Tenista, quien por cierto nunca me preguntaba lo que leía, a él no le interesaba hacer nada fuera de lo convencional) o el salir a defender a un amigo que -por peso o tamaño- no tenía nada que hacer contra el matón que le estaba metiendo la mano en el trasero. Pero eso era otro problema, porque si lo defendías iban a decir que lo hacías porque te gustaba, porque eras *su marido* y entonces tu heroísmo se volvía vulgar mariconería y eso era inadmisibile en esos predios de embrutecimiento y machismo donde nos estábamos educando.

Una mierda el colegio. Creo que le debo casi todas mis taras físicas y psicológicas. También mis vicios, como fumar o leer, hábitos ambos que no hacen más que aislarte de la gente. Porque si me volví solitario fue por esa convivencia de cinco años, toda la secundaria, con fieras, cobardes, meapilas, empollones, y mediocres u hombres sombra, como yo mismo, pues me reconozco en este último grupo. Soy de los que intentó pasar esa condena desapercibido, sin levantar la liebre,

aunque no por ello quedé exento de cicatrices, marcas indelebles que hasta hoy me persiguen.

¿Qué será de los palurdos para quienes esos cinco años fueron *los mejores años de mi vida* o *los años inolvidables del colegio*? Yo nunca volví a aquellos claustros odiados. Me refugié, otra vez, en los libros, en la música, en la senda del solitario, del escritor fracasado que no concreta sus proyectos. Porque si fracasar es hacer lo que uno quiere, yo he fracasado irremediabilmente en todas mis empresas. Renuente a tranzar, a sentar cabeza, a ser domeñado, yo hice lo opuesto a lo de César: *llegué, vi y fracasé*. Y aún lo hago, semana a semana, cuando asumo más compromisos editoriales, viajo, recolecto información, investigo, analizo, redacto, reviso y entrego mi trabajo. Y así hasta el fin de los tiempos. Porque para ellos, para todos, no soy más que un oficial, un muchacho de recados, un empleado a destajo, el que nunca se sacó la oposición y anda haciendo sustituciones por el resto de sus días.

Y lo cierto es que ni siquiera podría decir que tuve mi oportunidad y la perdí. Simplemente nunca me ocurrió. Metafóricamente hablando, digamos que nunca estuve frente al arco, por lo que no puedo decir: *ah, pateé y fallé*. Vides nunca hubiera fallado, él veía al portero y se la colocaba, allí donde este no se lo esperaba, contra la inclinación natural de su cuerpo. El Tenista era menos técnico, aunque no por ello carecía de elegancia. Él no hubiera colocado el balón, sino que hubiese rematado a seguro, rasante, pero al extremo opuesto, o alto y al medio, donde el golero no hubiese llegado nunca. Yo nunca pasé del medio campo y si estuve una vez frente al arco fue como *lauchero* y aún así era un fulero sin remedio. ¿Y Reyna? Él nunca jugó al fútbol, así que no sé cómo hubiera

resuelto la situación. Quizás a él le fue mejor en la vida. Nunca volvimos a saber de él luego de ese confuso mes de octubre, un año antes de acabar; yo estaba leyendo *El conde de Montecristo* por segunda vez y en la U jugaba Alex Rossi, cuya nariz era como la mía y hasta alguna vez quisieron ponerme ese mote. Creo que solo duró una jornada futbolística, lo que duraba la media hora del recreo. Como no era delantero la cosa no se retomó ni pudo calar. Al Tenista, en cambio, sí le quedó su apodo como pegado con cola, porque le caía a la perfección y creo que a él tampoco le interesaba, porque al fin al cabo sonaba digno y era hinchas de la U, además.

No me interesa saber de toda esa gente ahora. No sé si éramos propiamente amigos. Compañeros sí, seguro, como colegas de la misma celda, prisioneros que se toleraban, compartían algún que otro sueño o un recuerdo de la vida exterior. No nos veíamos en las vacaciones ni en festivos. Bueno, yo solo hablé por teléfono en algún verano una o dos veces con Reyna. No recuerdo ya el contenido de las charlas, pero debieron ser agradables, de lo contrario, ¿cómo recordar con más simpatía a Reyna que a los otros? Tal vez por el incidente de octubre, ahora que lo pienso. Nadie conoce a nadie. Una vez él me contó algo y yo no le hice caso, quise hacerme el sordo, tal como hacía la mayor parte del tiempo en el colegio. De lo contrario, me hubiera suicidado. ¿Cómo soportar, si no, el acoso, la brutalidad y la tristeza de ese *camino de la podredumbre*, como llamaba Papillon a su entrada al presidio?

Tengo que escribir de todo esto. Es lo único que siento que puede salirme de las tripas, con una mezcla de asco y fascinación. Como el vómito para los bulímicos. Una

liberación, un punto de fuga, entre la exasperación y el alivio. Voy a cumplir treinta y cinco años y no he conseguido nada. *Nunca serás nada*. Algo debe andar mal cuando, de repente, te das cuenta de que sigues escuchando con fervor la misma música que escuchabas hace casi dos décadas o que, cuando le cuentas a tu madre que has empezado a salir con una muchacha, ella te dice que ha encendido una vela para que te vaya bien en tu cita. Algo malsano debe estar ocurriendo en ti para que pasen esas cosas. Para que auscultes, como perro de mercado (*yaguamercado* lo llaman en guaraní), las librerías y luego te pasees por los centros comerciales, los cafés y las tiendas de ropa, mirando mujeres, evaluándolas y sintiendo envidia de quienes las acompañan, porque en eso eres como ese joven Sabina que *fumaba de gorra y sacaba la lengua a las damas que andaban del brazo de un tipo que nunca era yo*. Solo que yo sigo siendo así. He envejecido, de seguro, pero no he madurado. Madurar es voltear página, digerir las cosas, superarlas. Envejecer es solo entristecer y hacer un callo donde tenías la piel suave, normal. Yo, entre el cinismo y la mala leche, debo ser un triste, aunque no me lo notan ni yo pretendo exhibirlo.

Porque yo era un sentimental, un cursi diríase. Entre mis quince y mis dieciséis años me inventé toda una caterva de personajes, mi propio mundo ficcional, con sus relaciones y conflictos. Hasta escribí páginas de páginas, alcanzaban creo que el centenar, donde plasmé varias de las historias que derivé de ellos. Nada de eso queda. Por una ridícula decepción amorosa en la universidad no solo pulvericé todo rastro de esas mocedades literarias, sino que por años renuncié a volver a escribir algo creativo. Así me metí en el mundo de la crónica y el periodismo por encargo. Eso fue entre mis diecinueve y mis

veintidós años. En ese lapso, acabé la carrera, me subí al dinero fácil del pago por número de palabras y tema asignado. Al año de eso me propusieron hacer un primer viaje para escribir *in situ*. Y entonces me jodí. Me convertí en lo que soy. Un vagamundo, un tipo que renueva el pasaporte antes de su expiración porque se le acaban las páginas antes y cuyo visado tiene siempre fecha próxima de caducidad.

¿Dónde encajar en esa vida una vocación baldada de escritor? Apenas puedo cargar con mi vida y mis dos valijas de veintitrés kilos cada una. Y súmese a ello mis otras vidas. Porque yo fui un bohemio. Porque yo fui corrector de estilo. Porque yo fui un hombre felizmente enamorado. Porque yo fui un canalla. Porque yo fui un profesor de redacción. Porque yo dirigí un taller de creación literaria sin haber publicado un solo texto de valía. Porque yo fui un amante. Porque yo fui un alcohólico. Porque yo fui un equilibradísimo ser humano. Porque yo fui astrólogo. Porque yo fui chulo. Porque yo fui santo penitente en mis ratos libres. Y hoy nada de eso queda. Si logro escribir solo una parte de todo lo que he vivido, creo que podré justificar, parcialmente, mi paso por el camino de la podredumbre.

Todos los chicos. El Tenista, con su Polo, su perfil distinguido, el pañuelo en el bolsillo, los cuadernos perfectamente forrados, los deberes completos y la letra clara y recta, sin inclinación demasiado marcada ni a la derecha ni a la izquierda, los zapatos lustrados, el único de nosotros que pasaba matemáticas con un dieciséis sobre veinte, sin arrogancias ni sufrimientos, siempre en el justo medio, creo que esa fue su manera de sobrevivir, hacer todo lo exigido, pero ni más ni menos que eso. Sin debilidades aparentes, no

abusaba de nadie ni nadie abusaba de él. Sabía jugar fútbol y como no era ni más inteligente ni más tonto que nadie, nunca debía nada ni lo acosaban por nada. Era un poco más blanco que mestizo, sin ningún rasgo que lo hiciera susceptible de mofa. Hasta en eso había sido afortunado: ni tan blanco que le pudieran llamar afeminado ni tan mestizo que pudiera ser despreciado como parte del montón.

Todos los chicos. Vides, con la cintura más ágil que he visto, la boca entrenada para destapar cerveza, fumar de golpe o apretar el pucho entre los labios sin que el humo le cegara la vista o le atorase. Él era lo que entonces llamábamos un bacán. Tan bacán que debutó en el sexo a los catorce, cuando tantos otros aún manchábamos, con vergüenza y horror, nuestras sábanas. Y así le fue también. Corrió tan de prisa que hasta su propia sombra le perdió de vista. Porque él no era hombre sombra, al menos no en el colegio. Él era un bacán. Los profesores le respetaban con sus bellaquerías y hasta celebraban sus goles en el patio. Le aconsejaban: *Vides, no te pierdas. Vides, no faltes a clase. Vides, cuídate. Vides, no te trasnoches. Vides, no cometas excesos.* Era un signo de la época. En 1994, Marco Charún, en una entrevista que salió en la página central del legendario diario deportivo *El Bocón*, soltó la célebre frase, entre lágrimas: *todos los futbolistas somos borrachos.* Pienso en Vides y se me viene a la mente Carlos Flores, al que todos conocimos en Perú como Kukín. Tenían el mismo pelo y el fútbol pícaro en los pies. Kukín Flores. Es el único futbolista peruano al que vi convertir goles olímpicos, aunque lo hiciera en estadios ruinosos y polvorientos como el Telmo Carvajo o el *horno norteño*, como llamaban a ese potrero que era el Campeones del 36 de Sullana, Piura. ¿Tenía acaso sentido derrochar tanta calidad en lugares tan

miserables? Ese era el sino de Kukín y creo que a Vides le pasaba lo mismo. Vides. Demasiado talento en el camino de la podredumbre. Ahora lo comprendo y hasta lo justifico.

Todos los chicos. Reyna, tan mestizo como yo, pero además obsesionado con su piel, los artistas y sus historias. Creo que bailaba mejor que todos nosotros. Por eso, entre otras cosas, le molestaban tanto. Y tenía amigas en serio, o sea que no tenía que apelar a primas o hermanas. Seguramente tenía más amigas que amigos y no lo podía evitar. Reyna, con los bajos de los pantalones algo altos (permítase el oxímoron), el cabello crespo natural con rizos que lo hacían víctima de las burlas más predecibles, las carpetas con fotografías de artistas de Televisa y la risa fácil, de muchacho fresco y casi inocente, como ninguno de sus compañeros. Demasiado sensible, diría yo ahora, para esa jaula de fieras. Quizás por eso nos entendíamos y hasta podría decir, ahora y no antes, que fuimos algo muy parecido a amigos de verdad. Y si no digo que lo fuimos cabalmente es por el incidente, octubre de 1995, cuando dejó de ir y nunca hubo explicación oficial. Pero yo pienso que le debió ir bien en la vida, si -como imagino- sus padres decidieron cambiarlo de colegio. Seguro que fue a un colegio mixto, donde no fuera extraño socializar con chicas ni estas produjeran todo lo que nos generaban a nosotros, fieras que solo obedecíamos a gritos y a golpes. En un colegio mixto hubieran sido las cosas muy distintas. Reyna. Ojalá que haya tenido suerte en la vida. Que haya sido feliz.

Todos los chicos. Mansi, Manso o Menso. Esos eran los juegos que hacían con mi apellido. No había salvación. Mansi. Los poros abiertos, un libro entre las manos, volteando siempre a ver la ventana, por si algo cambiaba en el horizonte y de



pronto había que suspender las clases y dejarnos libres el resto del día. Qué feliz hubiera sido. Yo era un bueno para nada. Jugaba fútbol con más entusiasmo que habilidad, pasaba los cursos difíciles con doce o trece y los fáciles con quince o incluso dieciséis. Porque no estudiaba, porque no tenía estímulo alguno. Me bastaba con leer el cuaderno durante el viaje en autobús, entre las siete y las siete y cuarenta de la mañana, el día del examen, para responder sin mayores dificultades las preguntas. ¿Había algo más por lo que luchar? *No hay futuro*. Eso decían todas las paredes en la Lima de inicios de los noventa. País famélico de tristes gentes.

Ayer, con todos estos recuerdos, se me ocurrió explorar en la red social. Encontré la página, profusamente ilustrada, de uno de los compañeritos de entonces. Ni Vides, ni el Tenista ni Reyna. Era otro, uno de cuyo nombre no quiero acordarme. Pero lo mejor era la pregunta que hizo uno de nuestra antigua clase. *¿Qué fue del Manso?* Y la respuesta de otro. *Desapareció. Nadie sabe nada de ese tío*. Esos comentarios iban al margen de una fotografía de aquellos años de miseria en cooperativa. En dicha fotografía, estoy mirando hacia el costado, negándome a participar. Aparezco en un rincón y mi cuerpo largo sale recortado. Tenía la cara enrojecida por el acné y las gafas de montura negra metálica, tipo aviador, como las usaba también por entonces Arturo Pérez-Reverte en las fotos que veía de él en las solapas de sus libros en Alfaguara, que devoraba para no tener que pensar en mi vida presente: *El Club Dumas*, *La piel del tambor*, tochos de quinientas páginas que leía en los recreos y los viajes en autobús. Soñando con ser otro: vivir lejos de Lima, no tener que ir al colegio, ni soportar a mis compañeros insolidarios y embrutecidos. Los labios apretados, la mirada huidiza, no estoy cómodo. El otro que aparece mirando hacia

otro lado es Segovia, que acababa de ser expulsado y cuyo padre había insistido en hacerlo entrar para la foto. Se nota su incomodidad también. Ambos debíamos sentirnos igual de marginales, pero no podía existir solidaridad alguna entre nosotros. *Nunca seremos nada.* Todos los chicos.

## REYNA I/ Madison

*La primavera ha pasado/ quién sabe la vida comience así.*

Nicola di Bari

Había llegado a Madison tarde por la noche, un poco a ciegas, con ganas de ir al baño desde Chicago, habiendo conducido las dos horas entre una ciudad y la otra sin parar. Felizmente no le costó tanto ubicar el apartamento, en Butler Street, cerca del capitolio, que era el corazón de la ciudad. El gato había venido durmiendo buena parte del viaje y no le costó proseguir su sueño cuando lo sacó de su caja. Apenas dio una vuelta por el apartamento, encontró un buen rincón suave dentro del bolso con ropa que él había dejado abierto y se quedó dormido casi de inmediato. Él, Reyna, no pudo dormir tan deprisa. Revisó los papeles que necesitaba tener preparados para presentarse a la mañana siguiente en el departamento de antropología, acomodó sus productos en el baño y solo entonces se tumbó en la cama, intentó leer algunas páginas de su último reporte -buscando gazapos- y cuando sintió los ojos cansados, se dio vuelta y finalmente se durmió.

Fue un sueño de pocas horas, pues a las seis y media Amorim ya le estaba mordiendo el dedo gordo del pie para que le diera de comer. Agotado todavía, le abrió la lata de atún (que afortunadamente había recordado sacar del coche la noche

anterior, junto a los juguetes y otros implementos básicos) y le dejó alimentarse con esos bocados grandes que a su gato tanto le gustaban. Volvió a la cama igual de cansado, pero sin poder retomar su sueño. Nada en particular ocupaba sus pensamientos. La última temporada de su vida había transcurrido con el tono monocorde de la primavera en el campus, que solo le alegraban los pies descalzos de las muchachas en sus vestidos floreados y la alegría de los chicos luciendo los torsos desnudos mientras lanzaban el frisbee. Así de apacible era su vida, como aquel paseo en bicicleta que solía hacer junto al lago de su pequeña ciudad universitaria durante los veranos. Este año sería distinto, por eso estaba en Madison, y cambiaría aquel lago suyo de los Finger Lakes por uno de los dos grandes que constreñían esta ciudad universitaria: Monona y Mendota. Por eso había buscado este apartamento en el istmo de Madison. Pensaba pasar un verano tranquilo, trabajando en su investigación, montando bicicleta, descansando y viendo a Amorim dormir sobre el marco de la ventana, a pleno sol. Eso era lo más parecido al paraíso que podía imaginar.

Porque ese verano estaba agotado, con ganas de desconectar y no conocer a nadie en especial. No buscaba nada, no quería nada. Solo leer, montar bicicleta y dormir sin interrupciones, gracias al agotamiento mental y físico que esperaba acumular. Nada iba a quitarle de encima ese plan. Luego de un par de años, tenía sus cuentas en azul, las tarjetas pagadas y había encontrado una estabilidad de profesor de mediana edad, retirado del frenesí de años pasados, entre Lima, Ámsterdam y Chicago, cuando aún no tenía plaza fija y vivía de becas. Amorim había llegado con esa estabilidad a su vida. Desde el primer momento en que lo vio, pensó que era momento de adoptar una mascota, como dar un paso hacia